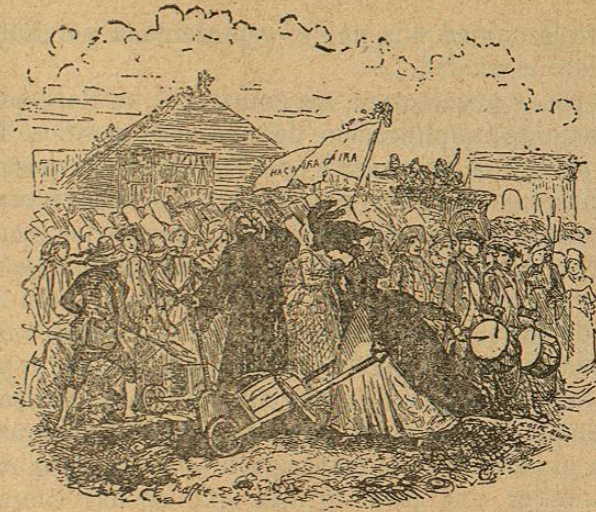
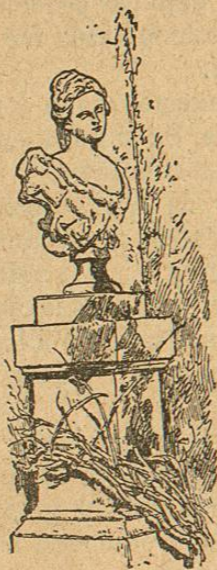


tu el error. Mira en mí á un hermano que expresa libremente su opinión.»

Rhul, ante estas palabras, se arrojó á los brazos de Danton.

¡Nobles expansiones y anhelos de Danton!

Ya era peligroso entonces declararse amigo suyo. La Convención lo aplaudió, rodeando con sus simpatías, su entusiasmo y sus lágrimas el abrazo de los dos amigos que debía ser el último.



CAPITULO II

Los dantonistas intentan destruir la dictadura (10 Marzo 94)

Se pretende perder á Danton.—Popularidad de los dantonistas.—La asamblea inclinase á la indulgencia. Bourdon consigue el arresto del jefe de policía.—Robespierre revoca la orden de arresto.—Manejos de Robespierre en los Jacobinos.

Saint-Just en su informe contra Hebert pronunció las siguientes extrañas frases: «Queremos destruir á los enemigos de la tiranía, á cuantos llevan el cuchillo de Bruto escondido en sus vestiduras.»

Sin duda en otra época cuando la tierra sagrada tembló al paso de sus enemigos, cuando la Francia del 92 pareció respirar apoyada en un hombre hacia el cual todo el mundo dirigía sus miradas, ocurrió algo parecido á la aparición del César, pero más grande... porque lo que aparecía era el espíritu de la Revolución.

Sin embargo, las pasiones humanas desencadenáronse para perderse los hombres mutuamente.

En el proceso de Hebert siempre que había que nombrar á Pache, sustitúíase este nombre por el de Danton. La falsificación no podía ser más atrevida.

El juez Coffinhal, auvernés, ligado á Robespierre íntimamente, estaba dispuesto hasta á llegar al crimen, falsificar declaraciones y respuestas de los acusados, sin respeto á las palabras sagradas de quienes iban á morir. Cambiaba los conceptos, añadía, quitaba y truncaba á su antojo.

Los robespierristas, sin duda, deseaban la muerte.

Representaban el partido del orden, y mezclando sus secretos instintos monárquicos á las ideas republicanas, emplazaban sus principios

de orden sobre la unidad y la unidad representada por Robespierre. La dictadura quiere la unidad.

A duras penas puedo creer, sin embargo, que Robespierre pudiera consentir semejante simplificación de una idea política. Era evidente que Danton, amigo de los placeres (y á la sazón del reposo) no era ambicioso, ni sintió jamás orgullo ni vanidad. Era monstruoso por lo mismo querer destruir á un hombre que en circunstancias recientes no solamente contra Chaumette, si no contra los dantonistas Bourdon y Merlin, se había hecho el segundo de Robespierre. Danton lo que quería era vivir á toda costa. Constantemente vivía en Sevres, á dos leguas de París. Mientras podía iba á Arcis, donde vivían su madre y sus dos pequeños. Los vecinos de Arcis referían que Danton pasaba las horas inmóvil contemplando el cielo y el campo por una ventana. El campo, la naturaleza, el amor, esto le embriagaba. Danton se había entregado á su segunda mujer, una joven gruesa que apenas contaba dieciséis años. ¿Dónde estaban los crímenes de Danton? Danton había dicho «que un día la República, fuera de peligro, podía ser un Enrique IV, perdonando á sus enemigos.» Y es indudable que de estas palabras nacieron el *Vieux Cordelier*, el comité de clemencia y las imprudentes proposiciones que amenazaban debilitar el nervio de la Revolución.

La Asamblea se lanzó después en caminos de ternura asombrando, alarmando. Sobre todo parecía dispuesta á usurpar á los robespierristas el monopolio de la beneficencia. Un día pidieron 200.000 francos para socorrer á los indigentes y Cambon dijo: «No, 200.000 francos, no; diez millones.» Se aprobó: 400.000 francos destináronse á los pensionarios de la lista civil, socorrióse á una religiosa, hermana de Mirabeau, á la viuda de Biron, á las familias girondinas de Lebrun, Duperret, Biroteau, etc.

La liberación de los negros y las escenas de entusiasmo á que esto dió lugar, enternecieron los corazones. Pero el hecho que más elocuentemente demuestra el cambio profundo de la Asamblea, es lo ocurrido el 26, el mismo día que Robespierre pidió se acelerasen los procesos revolucionarios. La Asamblea se declaró contra semejante proposición. Un comerciante en vinos fué condenado á muerte por acaparador, y el error fué reconocido en el instante de la ejecución. Advertida la Convención votó en el acto el sobreseimiento general. Gran número de miembros levantáronse y se precipitaron á las calles para detener las fatídicas carretas, siendo bendecidos y aplaudidos por el pueblo, que naturalmente concedió á los *indulgentes* el honor de estos anhelos de humanidad y de justicia.

Danton aprovechó otra ocasión que se le presentó el 13 de Marzo. Cuando Saint-Just quiso obligar á los revolucionarios á que diesen cuenta de todo lo que hicieron los *sospechosos* después del 89: «Sí—dijo Danton—y al mismo tiempo de cuanto han hecho los comités.» Estos estaban compuestos de jacobinos. La enmienda de Danton llamaba

también á juicio á los jacobinos, que hasta entonces eran los perseguidores.

La Convención envió la enmienda tímidamente al comité de Salud pública. Danton, espantado de haber avanzado tan ligeramente, retrocedió al día siguiente y habló como si fuera Saint-Just.

Pero los dantonistas eran más audaces que Danton. Una cosa les dió valor. Las palabras pronunciadas por Danton el día 18 en favor de la Comuna, reprodujéronse por la noche en los Jacobinos por Collot-d'Herbois.

Danton y Collot, hablando en el mismo sentido, ¿no era esto un elocuente signo de que la alianza se había cumplido?

Esto fué lo que creyó un hombre de acción, el fogoso Bourdon del Oise, y lanzóse con furia á la tribuna, apretando los puños, temblándole de ira su roja barba, pidiendo aunque tardíamente que fuese arrestado Heron.

Heron era agente público del comité de Seguridad, el agente secreto de Robespierre, el jefe de los policías.

El comité hubiera sacrificado á este agente; pero tenía un defensor que lo hacía inviolable, Robespierre. Sobre éste, pues, se descargaba el golpe, presentándosele el siguiente dilema: ó abandonaba á Heron, en cuyo caso quedaba desarmado, ó defendía á Heron, confesando que su poder no solo radicaba en su elocuencia, si no también en la policía y la gendarmería.

Este triste secreto de Estado se descubrió finalmente.

El puro y casto Robespierre no sostenía ninguna relación con la policía ni había visto á Heron.

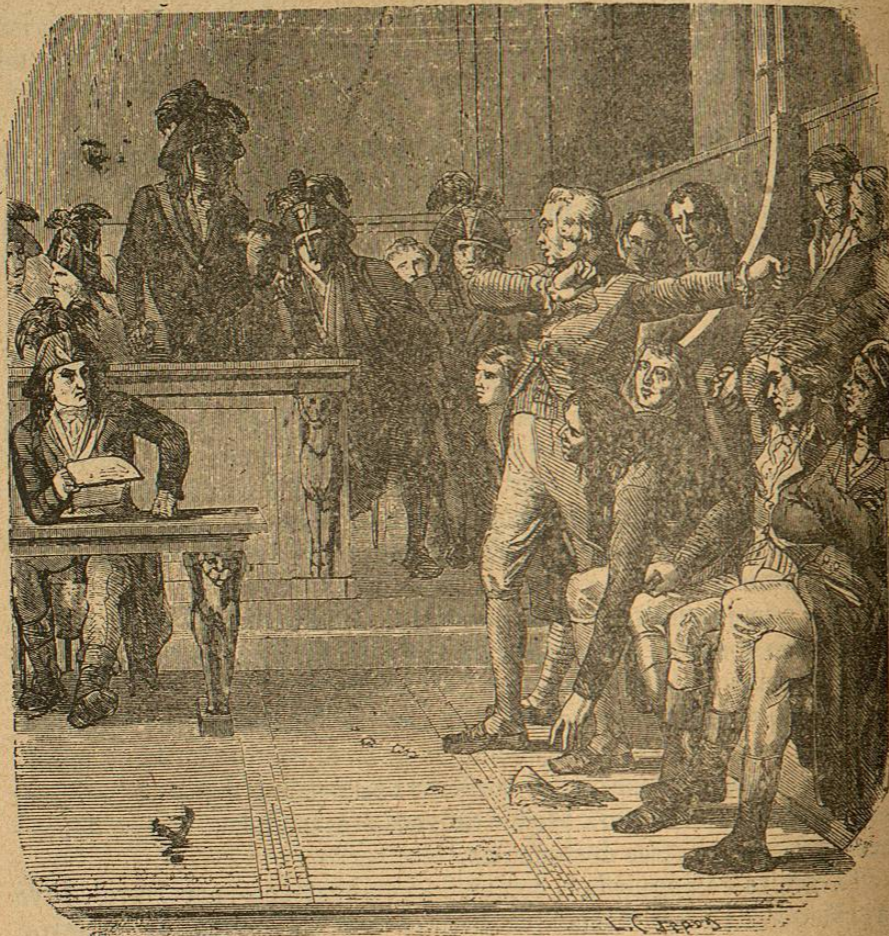
Del pequeño hotel (ya demolido) en que funcionaba el comité de Seguridad hasta las Tullerías, donde moraba el comité de Salud pública, pasábase por una especie de corredor obscurísimo donde se reunían los hombres de Heron para recibir órdenes á escondidas. Allí se depositaban las cartas y otros documentos.

El comité de Seguridad, dominado, embrutecido por David, tuvo que proteger á Heron, hasta que llegó á tenerle miedo. Robespierre, infinitamente crédulo con quienes llegaban á poseer su confianza, no quiso oír hablar de otro hombre.

Esto dió á Heron una increíble insolencia. Escupía sobre los diputados. Habló Bourdon. La Asamblea votó y Heron fué detenido. Robespierre en realidad no contaba con ninguna otra fuerza. Caía de bruces si el acuerdo de la Asamblea adoptado por sorpresa y en su ausencia se mantenía.

Se le advirtió, y Robespierre corrió á la Convención. Sus amigos lo rodearon. Couthon comenzó á hablar en tono humilde. «Yo ruego á la Convención, yo suplico á la Convención que envíe á los comités el caso, si los comités poseen aun su confianza. (Sí, sí,) si sus esfuerzos por merecerla obtienen el éxito que desean.»

Se observó la presencia de un miembro del comité de Seguridad de los más estimados, Moisés Bayle. Este afirmó que efectivamente Heron en muchas ocasiones se había portado prudente y acertadamente.



Danton delante del tribunal.

Robespierre comenzó entonces, como siempre, á colocar las cosas en el terreno de la moral y de la humanidad.

«Estamos colocados entre dos crímenes. Las dos fracciones pretenden envolver á los buenos patriotas. Todavía ayer un miembro interrumpió en el comité para pedir *tres cabezas*.»

Robespierre observó que llevaba ganada la mejor parte y habló entonces tiernamente: «Presos entre dos crímenes, nosotros podemos ser víctimas también. Lo más dichoso para nosotros será morir para librarnos del doloroso espectáculo, de la bajeza, de la vergüenza del



El marqués de Launay arrastrado á la plaza de Grève por el pueblo.

crimen. (No, no—dicen algunos miembros de la Comisión). Pero si la Asamblea quiere conservar la palma de la gloria, si nosotros todos queremos cumplir con nuestra misión debemos gustar los goces de las *almas sensibles* y se salvará la patria.»

La derecha y el centro aquel día se entregaron en absoluto á Robespierre, creyendo que no vivían más que para él. Robespierre se aprovechó en seguida. Encarceló á Chaumette, guillotiné á Clootz y de un solo golpe mató el culto á la Razón.

¿Quién estorbaba á Robespierre? ¿Contra quien dirigirse ahora?

No sobre la derecha no, si no sobre los representantes en misión, todos salidos de la Montaña.

Centro y derecha uniéronse al pequeño grupo de robespierristas de la Montaña y revocaron la orden de arresto de Heron, es decir, entregaron á Robespierre el brazo de la policía armada. Los adversarios de Robespierre, batidos en la Convención, intentaron por la noche en los Jacobinos hacer un esfuerzo desesperado. Tallien habló aquella noche de la *movilidad* de lo *inmutable*.

Los aristócratas se ríen ahora. Durante mucho tiempo no se ha querido perseguir á Hebert porque se quería utilizar sus servicios y ahora se envolvería entre sus cómplices á quienes lo combatieron siempre. Decidnos por ventura cómo reconoceremos en lo sucesivo á los verdaderos patriotas.»

Robespierre paró muy torpemente esta penetrante puñalada, y en tono lacrimoso dijo: «Si no castigáis á los dos bandos lo mismo, la paz será pasajera; nuestros ejércitos serán vencidos, París perecerá hambriento, nuestros hijos perecerán ahorcados, (*Movimiento de horror...*) Ya los patriotas de Lion están desesperados. Los amigos de Chalier, de Gaillard, son proscriptos en este instante.»

Por medio de estos manejos, de este cambio inesperado, después de haber por la mañana aconsejado economizar la sangre, por la noche empuña la sangrienta bandera de los ultraterroristas de Lion que acusaban á Fouché y á Collot de moderantistas.

Estas fueron las peripecias de la extraña jornada en que Robespierre, durante una hora, habíase visto desarmado como en el 9 Thermidor.

El problema era muy claro. Si Heron hubiera continuado en la cárcel hubiesen reinado los dantonistas. Hubieran encontrado su espada entonces. Brune hubiera puesto sus manos sobre los espías de Heron, y Westermann hubiese sableado al charlatán de Henriot. No sin motivo Westermann, después de su victoria en el Mans, había regresado á París para alojarse entre los *sans-culottes*, cerca de la casa de su amigo Sauter, en la calle más ancha del arrabal.

Pero la Asamblea, dominada por la derecha y el centro, rindió la fuerza á Robespierre.



CAPITULO III

Muerte de Hebert y Clootz. — Propónese la muerte de Danton (24 de Marzo)

Billaud propone la muerte de Danton.—Danton advertido.—Cómo se adormecía la Convención.—La ejecución de Hebert precipita los acontecimientos.—Se acuerda la muerte de Danton.—Prepárase el cementerio de Monceaux.

Parecía que la muerte de Danton era un hecho consumado.

Cuando Robespierre entró en el comité, presa de gran agitación, Billaud vió á Robespierre que llevaba la muerte retratada en su semblante y tembló por él: «Es necesario la muerte de Danton.»

Billaud representaba el Terror mismo. Desconocía voluntariamente los hechos pasados y no presentía nada de lo que había de ocurrir en el porvenir. Su idea fija era la mecánica de los acontecimientos presentes, cuya máquina quería simplificar, cercenando cuanto estorbaba. Añádase á esto que Robespierre conservaba un documento contra Billaud, el mismo que debía emplear contra Herald. Billaud, pues, tenía empeño en que los peligros se alejaran de él y se concitaran contra los dantonistas.

Las palabras de Billaud causaron á Robespierre una dolorosísima impresión, y como espantado, dijo: «¿De modo que queréis matar á los mejores patriotas!»

La responsabilidad del suceso quedó entera para Billaud, y sin embargo, la muerte de Danton á nadie más que á Robespierre podía aprovechar.

Couthon, Robespierre y Saint-Just mordieron la manzana de la tentación, especialmente el último, que creía, por vanidad de su honradez tiránica, cuanto se decía sobre la corrupción de Danton.

Collot-d'Herbois, separado á tiempo de Hebert, el único hebertista